

Óscar Vara

EL

PORVENIR

DEL

VIEJO

MUNDO



Desafíos y
oportunidades
geopolíticas
de Europa

Ariel

Óscar Vara

El porvenir del Viejo Mundo

Desafíos y oportunidades geopolíticas
de Europa

Ariel

Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Óscar Vara Crespo

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2023, Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3676-3

Depósito legal: B. 15.841-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

PARTE I

LA INVASIÓN QUE CAMBIÓ EL MUNDO

- | | |
|--|----|
| 1. La globalización como motor de cambio | 11 |
| 2. De la geopolítica de la complacencia al despertar
geopolítico. | 19 |
| 3. La soberanía estratégica como imperativo | 27 |

PARTE II

EL MUNDO AL QUE SE ENFRENTA EUROPA

- | | |
|--|----|
| 4. El fin de la Guerra Fría | 43 |
| 5. ¿Una sola potencia? | 49 |
| 6. Varios polos: el auge de China. | 65 |
| 7. Potencias líderes: la incómoda fricción con Turquía | 73 |
| 8. La multipolaridad en la que piensa Putin. | 87 |

PARTE III

LA IDEA DE EUROPA

- | | |
|---|-----|
| 9. Identidad, tradición y cambio | 95 |
| 10. <i>Fake news</i> y tecnología de la información | 101 |
| 11. ¿Existe una idea de Europa? | 111 |

PARTE IV
LAS GEOPOLÍTICAS EUROPEAS

12. Geopolítica de Alemania	125
13. Geopolítica de Francia	147
14. Geopolítica de España	171
15. Países del Este	199

PARTE V
EL DESPERTAR GEOPOLÍTICO DE EUROPA

16. Los Estados Unidos de Europa	221
17. Zonas de interés	231
18. ¿Hacia dónde?	253
<i>Notas</i>	257
<i>Bibliografía</i>	273

La globalización como motor de cambio

Cuando en la madrugada del día 24 de febrero de 2022, Vladímir Putin compareció frente las cámaras de la televisión rusa, ningún gobernante del mundo se llamó a engaño: todos sabían lo que iba a anunciar.

Para Estados Unidos y sus aliados, se trata de una política de contención de Rusia, con evidentes dividendos geopolíticos. Para nuestro país, es una cuestión de vida o muerte, una cuestión de nuestro futuro histórico como nación. No es una exageración, es un hecho. No es solo una amenaza muy real para nuestros intereses, sino para la propia existencia de nuestro Estado y su soberanía. Es la línea roja de la que hemos hablado en numerosas ocasiones. La han cruzado.¹

Mientras los misiles sobrevolaban el espacio aéreo ucraniano y las tropas rusas atravesaban las fronteras, muchos se acordaban de las numerosas ocasiones en las que Vladímir Putin había trazado líneas rojas sobre los mapas de la vieja Europa. Muchos volvían la memoria al discurso que el presidente ruso pronunció en febrero de 2007 en la Conferencia de Seguridad de Múnich. Sus palabras de entonces suscitan hoy la tentación de ser interpretadas

bajo la luz que desprende la invasión rusa de Ucrania: la OTAN sería la responsable directa del conflicto por no haber atendido las necesidades de seguridad rusas que tantas veces había exigido Putin. Sin embargo, lo que el presidente Putin estaba exigiendo no era tan solo que la Alianza Atlántica dejara de ampliarse hacia oriente, sino que la influencia que Rusia había mantenido sobre la Europa del Este se restituyera. El mayor pecado cometido por Occidente no radicaba en la colaboración en cuestiones de defensa con esos países, sino en la persistencia del corazón y el espíritu de muchos países que antes habían formado parte del Imperio ruso (soviético) y ahora deseaban regresar a su pasado cultural. Era el deseo manifestado por países como Polonia, República Checa, Bulgaria y Rumanía de abandonar la esfera cultural rusa y aproximarse, primero políticamente, después económicamente y, para terminar, defensivamente, a la Unión Europea y, sobre todo, a Estados Unidos, lo que el Kremlin no podía consentir. Se desarrollaba en estos países la creencia de que, si adoptaban democracia, Estado de derecho y libre mercado, obtendrían mayor independencia y libertad de movimientos. En gran medida, esa creencia se había convertido en una tendencia contagiosa que avanzaba hacia las fronteras rusas a una mayor velocidad que las sucesivas ampliaciones de la OTAN. Ese cambio suponía una amenaza muchísimo mayor para los intereses políticos internos —y para los geopolíticos externos— de Rusia que las tropas y los sistemas de defensa antimisiles que Estados Unidos desplegabá sobre el continente.

Pero el presidente ruso no estaba dispuesto a transigir, adaptarse ni evolucionar su sistema político y económico. Un concepto idealizado del sujeto histórico nacional es un estado mental demasiado poderoso y obstinado para algunos gobernantes. La protección de ese bien extrema-

damentepreciado para Vladímir Putin es lo que explica, a mi juicio, el momento de fractura histórica en el que nos encontramos. No quiere esto decir que las condiciones suficientes para que se produjese esta fractura no estuvieran ya dadas en el marco de las relaciones internacionales, ya fuera porque el proceso de globalización favorecía el incremento de las posibilidades de acción de muchos países, o porque las diferencias ideológicas y culturales tardan largos periodos en transformarse y son reacias a borrarse de forma definitiva en el espíritu de los pueblos, a pesar de la potente irradiación cultural por parte de Estados Unidos hacia el mundo.

Y a pesar de las dinámicas de transformación que se estaban produciendo a nivel mundial y de los potenciales de conflicto que suponían, y que todos podían ver, en Europa Occidental se aceptaba jugar una peligrosa partida en la que se mezclaban, por un lado, la evidente debilidad militar que dejaba en manos de Estados Unidos, prácticamente de forma completa, la defensa de esta parte del continente, y por otro lado, la confianza en que el tamaño económico de la Unión sería capaz de moldear los comportamientos de regiones vecinas, incluida Rusia, de tal forma que en el proceso de mutua (una relación *win-win*, como suele afirmar a menudo el presente chino Xi Jinping de su propia política exterior) se asegurarían la paz y la prosperidad futuras.

Un mundo globalizado daba muchas oportunidades de compensar el declive del poder europeo gracias al llamado «efecto Bruselas», que describe muy adecuadamente la profesora de Columbia Anu Bradford (2020). La Unión Europea, apoyada tanto en su capacidad económica —es la región demandante de bienes y servicios más importante del mundo— como en su potente burocracia —que la dota de una gran capacidad regulatoria—, ha

conseguido exportar gran parte de su regulación de los mercados al ámbito internacional e influir por esta vía en el comportamiento de todo el mundo: desde países pequeños hasta las potencias, incluido Estados Unidos.

Esta insistencia europea en proteger a sus consumidores por medio de la legislación obliga a las empresas internacionales a una adaptación: ven más rentable someterse a los máximos regulatorios europeos que duplicar líneas de producción para discriminar entre los distintos clientes mundiales a los que buscan satisfacer. De esta manera, la normativa más exigente se convierte en el estándar al cual suelen amoldarse los comportamientos de los competidores en los mercados mundiales. Esto se ha puesto de manifiesto en la adopción de las directivas de Protección de Datos de la Unión Europea por parte de las grandes empresas tecnológicas, los criterios medioambientales europeos por parte de otras naciones y las limitaciones a ciertos productos químicos por parte de la industria cosmética. Esta política ha tenido una evidente capacidad de influencia que fuerza la convergencia de las regulaciones en cuestiones de comercio internacional de muchos países con la UE. Y en gran medida, esta se ha confiado a esta influencia.

Por lo tanto, y como es sencillo verificar, esta forma de compensar las limitaciones que tiene la UE debido a sus carencias como potencia, no siempre es bien vista. A pesar de que no ejerce dicha influencia a través de la coacción o la fuerza, este tipo de poder suave —con el cual se influye a otros países, que tienen que adaptar sus mercados y normativas si quieren mantener su relación comercial con la UE— causa suspicacias en muchos pensadores, pero también en los dirigentes de los países afectados. Algunos autores hablan incluso de *neocolonialismo*, por ejemplo, cuando analizan las relaciones que tiene la Unión

Europea con los territorios que se descolonizaron en último lugar de las potencias europeas: muy especialmente del Reino Unido y Francia. Michael E. Odijie (2022), del University College London, observa que la relación económica colonial se ha perpetuado en África Occidental debido a la forma en la que se mantiene la colaboración económica con la Unión Europea, y plantea la hipótesis contrafactual de qué hubiera ocurrido en ausencia de este comercio. Sin embargo, este tipo de hipótesis contrafactuales se enfrentan también a la incertidumbre acerca de qué es lo que hubiera ocurrido con esos países de no haber existido una vinculación económica previa. Afirmar que, sin los lazos comerciales que ya estaban establecidos, la situación política de esos países habría trascendido el Estado oligárquico en el que se encuentran es muy dudoso.

Es cierto que el proceso de la globalización se ha visto ayudado por la descentralización de las cadenas de suministro y valor, y que esta es un efecto derivado del intenso proceso de globalización económica que se inició con la conversión de tantos países socialistas a la economía de mercado tras el desplome del Imperio soviético. La forma en la que estos países se embarcaron en procesos de liberalización y desregularización marcó el comienzo de este proceso durante la década de 1990, aunque ayudaron mucho los flujos enormes de ahorro occidental que afluyeron a esos países, puesto que la oportunidad era ciertamente histórica.

Pero el proceso no fue solo un proceso económico, sino que ha tenido una evidente influencia también en la política y la cultura de esos países. Estos aspectos culturales y políticos sufrieron un proceso de adaptación que difícilmente iba a evitar las fricciones que siempre surgen entre lo nuevo y lo viejo: entre las formas de organización

económica, política y social ya existentes, y las que iban a implicar los nuevos procesos apoyados en el libre mercado. La apertura a otros países, principalmente a Estados Unidos, sería un factor de enorme influencia.

Resulta muy ilustrativo hacer un repaso a la literatura que los científicos sociales produjeron desde el mismísimo inicio del fenómeno de la globalización y evaluar cómo valoraban las implicaciones que iba a tener en la promoción, o no, de la democracia en los países que hacían esta transición económica. Desde la izquierda política, que era más optimista, se entendía que este proceso podía llevar a una extensión de los derechos humanos, una mayor relevancia de la sociedad civil y la posibilidad de avanzar en la constitución de instituciones supranacionales de gobernanza global (por ejemplo, Falk, 1999). Autores situados en términos políticos más a la derecha también eran optimistas acerca del impacto que iba a tener la globalización económica sobre la «globalización política» de la democracia liberal, que, en el famoso caso de la obra de Francis Fukuyama (1992), se presentaba como el triunfo definitivo de una forma de organización social que abrazaba ambos aspectos: el político y el económico.

Pero es cierto que también desde los cuarteles de invierno de las izquierdas intelectuales aparecían juicios pesimistas, que observaban que la globalización planteaba problemas serios para la democracia. El beneficio que obtenía el capital financiero e industrial de las limitaciones y regulaciones de los Estados nación era uno de los puntos que más desconfianza suscitaban, y suscitan, en la izquierda (Hirst y Thompson, 1999). También surgieron críticas por el eurocentrismo que implicaba, precisamente, el «efecto Bruselas», que sigue describiéndose como una forma nueva de imperialismo, a pesar de las ventajas

que supone también para los consumidores de los países que aceptan las regulaciones europeas. La misma valoración suscitaba la influencia cultural de Estados Unidos en el mundo, que se amplificaría gracias a la globalización, por lo que se describía por algunos autores como una forma novedosa de imperialismo.

Sin embargo, para las derechas intelectuales, el verdadero problema era el de la pérdida de la identidad nacional y de los valores tradicionales conservadores de muchas sociedades que quedaban sometidas a la irradiación cultural occidental, principalmente de Estados Unidos (Gray, 1998). Aunque, como la globalización es un camino de dos direcciones, otros autores conservadores también veían peligrar la uniformidad cultural de cada nación, y en especial de su propia casa, como se desprende de las tesis defendidas por Samuel Huntington en su libro de 1996 *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*.

Y aunque todas estas obras se publicaron a lo largo de la década de 1990, se mantienen los mismos debates acerca de la globalización en la actualidad. El peligro que se suele esgrimir de pérdida de identidad nacional y valores tradicionales conservadores es un argumento especialmente grato para el presidente Vladímir Putin. De hecho, lo ha esgrimido ya en varias ocasiones, pero también es compartido por los movimientos conservadores y ultranacionalistas en Europa y Estados Unidos, lo cual no es en absoluto insólito, e incluso ha adquirido cierta fuerza y predicamento en las redes sociales, principalmente entre aquellos sectores que son escépticos y críticos con la globalización y el multiculturalismo.

Estas críticas dirigidas contra la globalización y la manera en la que la Unión Europea se aprovecha de ella —calificadas como una forma de colonialismo cultural a

pesar de su carácter más bien propositivo que impositivo— son utilizadas en los discursos de los dirigentes de las principales autocracias del mundo. Y muy especialmente en los de Vladímir Putin. La promoción de procesos democráticos de elección de los representantes políticos, la separación de poderes y la promoción de derechos individuales que lleva aparejado el despliegue del poder suave europeo se observan desde estos países como un enorme peligro para el mantenimiento del poder de los regímenes autocráticos, lo que fuerza una respuesta nacionalista cada vez más extrema.

Permítanme repetir que la dictadura de las élites occidentales apunta a todas las sociedades, incluidos los propios ciudadanos de los países occidentales. Es un desafío para todos. Esta completa renuncia a lo que significa ser humano, el derrocamiento de la fe y los valores tradicionales, y la supresión de la libertad están llegando a parecerse a una «religión al revés», puro satanismo. Desenmascarando a los falsos mesías, Jesucristo dijo en el Sermón de la Montaña: «Por sus frutos los conoceréis». Estos frutos venenosos son ya evidentes para la gente, y no solo en nuestro país, sino en todos los países, incluso para muchas personas del propio Occidente.²